

DOMINGO IV DE ADVIENTO “B”

*“Salve, María, Madre de Dios,
por quien vino al mundo el autor de la creación y restaurador de las criaturas”*

2 S 7,1-5.8b-11.16:	<i>“El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor”</i>
Rm 16,25-27:	<i>“El misterio mantenido en secreto durante siglos ahora se ha manifestado”</i>
Lc 1,26-38:	<i>“Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo”</i>

I. LA PALABRA DE DIOS

El profeta Natán, sale al paso de las inquietudes de su señor, prometiéndole un reino que durará por siempre. El profeta no es consciente en aquel instante del alcance de sus palabras. La luz del Nuevo Testamento las ilumina. El Reino permanecerá porque el Mesías heredará *«el trono de David, su padre»*.

«¿Eres tú quien me va a construir una casa...?»
Por medio del profeta Natán, Dios rechaza el deseo de David de construirle una casa... Dios mismo se va a construir su propia casa: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra»*. Jesús será la verdadera Casa de Dios, el Templo de Dios (Jn 2,21), la Tienda del Encuentro de Dios con los hombres. En la carne del Verbo los hombres podrán contemplar definitivamente la gloria de Dios (Jn 1,14) que los salva y diviniza.

«Te daré una dinastía». A este David que quería construir una casa a Dios, Dios le anuncia que será Él más bien quien dé a David una casa, una dinastía. A este David que aspiraba a que un hijo suyo le sucediera en el trono, Dios le promete que de su descendencia nacerá el Mesías: a Jesús *«Dios le dará el trono de David su padre, reinará... para siempre, y su reino no tendrá fin»*.

La iniciativa de Dios triunfa siempre. Dios desbarata los planes de los hombres. Y colma unas veces, desbarata otras y desborda siempre las expectativas de los hombres. ¿Qué maravillas no podremos esperar ante la inaudita noticia de la encarnación del Hijo de Dios?

«Hágase en mí según tu palabra». Todo sucede en María. En ella se realiza la encarnación. Por ella nos viene Cristo. Y esto es y será siempre así: por

la acción del Espíritu Santo a través de la receptividad y absoluta docilidad de María Virgen.

¿Se trata de que Cristo nazca, viva y crezca en mí? Será por obra del Espíritu en el seno de María. ¿Se trata de que Cristo nazca en quien no le posee o no le conoce? ¿Se trata de que Cristo sea de nuevo engendrado y dado a luz en este mundo tan necesitado de Él? Será por gracia del Espíritu Santo a través de María Virgen. Es el camino que Él mismo ha querido y no hay otro.

A las puertas mismas de la Navidad y después de habérsenos presentado Juan Bautista, se nos propone a María como modelo para recibir a Cristo. Sobre todo, por su disponibilidad. Ante el anuncio del ángel, María manifiesta la disponibilidad de la esclava, de quien se ofrece a Dios totalmente, sin poner condiciones, sometiéndose perfectamente a sus planes. Si nosotros queremos recibir de veras a Cristo, no podemos tener otra actitud distinta de la suya. Cristo viene como «el Señor» y hemos de recibirle en completa sumisión, aceptando incondicionalmente su señorío sobre nosotros mismos, porque *«somos del Señor»* (Rom 14,8).

II. LA FE DE LA IGLESIA

**La Anunciación,
comienzo de la plenitud de los tiempos:
(484 - 488)**

Dios envió a su Hijo, pero *«para formarle un cuerpo»* (cf. Hb 10, 5) quiso la **libre cooperación** de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, *«a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María»*.

La Anunciación a María inaugura la plenitud de los tiempos, es decir, el cumplimiento de las promesas

y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará “corporalmente toda la plenitud de la divinidad”. La respuesta divina a su «¿cómo será esto, pues no conozco varón?» se dio mediante el poder del Espíritu: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti.*»

La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. **El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María** y fecundarla por obra divina.

El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es “Cristo”, es decir, el ungido por el Espíritu Santo, desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores, a los magos, a Juan Bautista, a los discípulos. Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará «*cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder.*»

Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo.

**La aceptación de María,
motivo de alabanza para la Iglesia:
(2675 - 2676)**

A partir de esta cooperación de María a la acción del Espíritu Santo, la Iglesia ha desarrollado la **oración a la santa Madre de Dios**, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios. En los innumerables himnos y antífonas que expresan esta oración, se alternan habitualmente **dos movimientos**: uno “engrandece” al Señor por las “maravillas” que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella en todos los seres humanos; el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios, ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios.

Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la **oración del Ave María**: “Dios te salve, María [Alégrate, María]”. La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra

oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava y a alegrarnos con el gozo que Él encuentra en ella.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“*El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida*” (Lumen Gentium).

“*¡Salve María!, ¡Salve María!, criatura la más preciosa de la creación, salve, María, purísima paloma; salve, María, antorcha inextinguible; salve, porque de ti nació el Sol de justicia. Salve, María, morada de la inmensidad, que encerraste en tu seno al Dios inmenso, al Verbo unigénito, produciendo sin arado y sin semilla la espiga inmarcesible*” (San Cirilo de Alejandría).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*Ruega por nosotros,
Madre de la Iglesia.*

*Virgen del Adviento,
esperanza nuestra,
de Jesús la aurora,
del cielo la puerta.*

*Madre de los hombres,
de la mar estrella,
llévanos a Cristo,
danos sus promesas.*

*Eres, Virgen Madre,
la de gracia llena,
del Señor la esclava,
del mundo la reina.*

*Alza nuestros ojos
hacia tu belleza,
guía nuestros pasos
a la vida eterna. Amén.*